

Pedro J. Plaza, *Matriz*, Granada, Valparaíso Ediciones, 104 pp.

Con su poema-libro *Matriz* obtuvo el filólogo, traductor y poeta Pedro J. Plaza (Málaga, 1996) el VIII Premio Valparaíso de Poesía, galardón compartido con la obra de la argentina Katya Vázquez Schröder *El corazón es una anchura que no se vende*. Lleva *Matriz* un prefacio altamente esclarecedor debido a la profesora de literatura española de la Universidad de Málaga Azucena López Cobo, quien puso a su escrito el título de “Prólogo con voluntad de epílogo”. El volumen conteniendo el texto lírico copremiado finaliza con varias páginas escritas por el autor a las que tituló “*Tabula gratulatoria: el agradecimiento y el perdón*”. En ellas expresa su gratitud a diversas personas, en distinto grado y por razones diversas, y asimismo proporciona indicaciones que son bien útiles para que puedan captar los lectores el calado del libro.

El agradecimiento se dedica a quienes en la universidad malacitana le ayudaron, no solo a formarse en filología hispánica, sino a crecer como ser humano; también a Antonio Gala, sobre el que versó su tesis doctoral, y del que ha editado abundantes poemas inéditos junto a Luis Cárdenas García, unos incluidos en *Poemas de lo irremediable* (1947-1952), amplio *corpus* lírico editado por Planeta en 2003 y otros en la antología *Cantaré mañana todavía* (1949-2005), publicada en 2025 en la colección Vandalia de la Fundación José Manuel Lara; a algunos de sus compañeros de la Fundación que lleva el nombre del escritor cordobés para Jóvenes Creadores; asimismo a distintos amigos y amigas; y a alguien muy especial para él, Cristina.

A la vez que los agradecimientos antedichos, el autor pide perdón, en general a toda su familia, y sobre todo a sus dos abuelas. Pero ¿por qué? La respuesta la da él mismo: porque su libro supone un “testimonio lacerante” (104) del núcleo familiar de pertenencia. Así lo denota después de haber calificado su obra de otras maneras y desde distintas perspectivas (“apertura en canal” (*Ibíd*em), “mi secreto” y “mi infierno”) (99), aunque con más extensión al comienzo de esa especie de coda gratulatoria: “Este libro (...) nació de un viaje ineludible por el abismo de la crueldad, edificándose a través del conocimiento detenido del dolor y de una búsqueda torpe y continua de la belleza trascendente.” (93). No son estas las únicas indicaciones referenciales a la obra, porque encontramos algunas más en su decurso. Por ejemplo en el “Epítome”, donde se lee que *Matriz* “no es el libro de la madre: es el libro / de la crudeza, de la maternidad / fallida...” (31), añadiéndose que “es / la matriz de lo que pasó, / de lo que pasa / de lo que está pasando: la matriz / de lo que pasará.” (32). En esta cita última el vocablo matriz equivaldría a origen, mientras en otro momento, en el poema XXI, su significado es corporal, pues equivale a “útero, a la matriz” (41). De ambas significaciones pudiera desprenderse que el título del libro comporta, cuanto menos, un doble sentido.

Matriz se configura a modo de poema-libro, es decir que constituye una unidad poética estructurada en veinticuatro fragmentos líricos que se van desarrollando en versos libres, y que se integran en cuatro secciones: “Sendas salvadoras”, “Residencia hacia la redención”, “¿Aquí vivía yo?” y “Una habitación deshabitada”. Cada una de ellas integra diferente número de poemas-fragmento, consignados conforme a la numeración romana. La primera, tres; la segunda, siete; la tercera, otros siete, al igual

que la cuarta y última. Respecto a la secuenciación de estos textos, están ordenados según una cronología inversa, pues el inicial consigna el año 2019, y a continuación su número de orden, el XXIV, siendo las dos cifras del poema postrero 1996 y I. Y anoto que hay un par de detalles tipográficos que han de ser resaltados: los años figuran entre corchetes, quizás apuntando que no han de ser leídos como si fuesen exactamente verídicos, y además una línea horizontal los atraviesa horizontalmente por el medio, como si se confirmase dicha inseguridad respecto al tiempo preciso de los hechos. Y todavía debemos añadir otra peculiaridad, pues en “Sendas salvadoras”, a los números de orden de los tres textos siguen respectivamente las palabras “Epitafio”, “Epitafio”, y “Epítome”, con las que se remacha triplemente el fin textual de tan infausta historia.

Como no he planteado esta reseña como un seguimiento comentado de lo que Pedro J. Plaza ha ido plasmando a lo largo de su obra, me limitaré a escribir mis impresiones de lectura. Empiezo diciendo que nunca leí nada tan sobrecogedor sobre el asunto de la maternidad, y que *Matriz* me ha impresionado de principio a fin. El libro posee una gran carga emotiva y logra que esa emotividad se traslade y contagie a los lectores, a los que se emplaza a compartir, aunque no sea fácil hacerlo, dada la singularidad del caso plasmado, las serias contradicciones expresadas por el hablante con relación a la persona en cuyo cuerpo permaneció nueve meses antes de traerlo al mundo. Lo cierto es que el lector asiste a un zigzagueo de repulsa, compasión y perdón del hijo hacia una mujer desdichada a la que, por lo demás, tampoco se le concede textualmente opción alguna para dejar testimonio propio de sus desventuras, acaso porque ella misma en realidad tampoco se lo dio a su hijo.

Se consuma así el matricidio discursivo en el que consiste básicamente *Matriz*, obra descarnada que brota de muy adentro, a veces de manera visceral, y que implica también la constatación de que ese matricidio comporta un filicidio que el hijo acarreará de por vida. Será así a causa de las profundas secuelas de una severa traumatización que un niño ansioso de afecto, al igual que su hermanito, padecieron en una casa familiar terriblemente desestructurada donde la progenitora se había abandonado no solo a la drogadicción, sino también al sexo extramatrimonial, abandonos ambos tantas veces unidos, amén de abandonar el cuidado socialmente esperable de sus dos vástagos. Esa desatención el hablante se la imputa, ocasionando su apostasía del afecto y del amor hacia quien no rehusó quedarse embarazada, tampoco a ser gestante, pero sí a asumir el rol más común de la maternidad.

En la poesía española contemporánea no son pocos los libros en los que aflora la corporalidad, pero en *Matriz* esa vertiente se trasvasa ya desde el título, se poetiza en diversos momentos, y se involucra con la creación poética misma, como tantas veces ocurre en la poesía española contemporánea. Lo leemos en el poema XIV, donde se asocia la experiencia del hablante con la praxis literaria que resultó de ella, de modo que

Bajo este céntit de éxodo y de bruma se señalan, tantos
lustros después,
los melanomas calcinados de mi poesía de carne
y las erratas de mi cuerpo
de papel, en blanco y negro- en gris- impreso (59).

La conflictividad familiar, y particularmente la generada entre padres e hijos, no solo no es extraña ni rara en la literatura foránea, sino que abunda en la historia de las letras españolas. Un capítulo especial de esas relaciones conflictivas lo ha ilustrado en muchas obras literarias la relación tormentosa entre un vástagos y quien lo gestó. En este supuesto estaríamos hablando de textos del desmadre, sea este provocado por aquél o por esta. Recordaré que la tradición de la madre “terrible” es secular, y Federico García Lorca la escenificó en *La casa de Bernarda Alba*. Pero en *Matriz* el comportamiento materno es desmadrado no porque la madre pretenda un control absoluto sobre las hijas, sino porque, muy al contrario, no se ocupa para nada de los dos menores que parió, y provoca en ellos un distanciamiento que ocasiona el desmadrarse ellos de su madre. Con esta obra, en la que no falta una tríada habitual en la literatura del desmadre, a saber la madre, el pequeño o la pequeña, y la abuela, Pedro J. Plaza ha contribuido de un modo muy perturbador a una contundente revisión contemporánea y a la contra del mito de la maternidad amorosa en la poesía española actual.

José María Balcells Doménech